

J. VERNET

ANTAR Y ESPAÑA

Las novelas de caballería árabe no son muy conocidas en el mundo occidental. Si se exceptúa la historia de °Umar al-Nu^cmān o el relato de Ayīb y Garīb, ambas insertas en *Las mil y una noches* (noches 45-145 y 624-680 respectivamente), las restantes han sido objeto de escasa atención por parte de nuestros eruditos. Para convencerse de ello basta con echar una ojeada a las páginas que a esas obras — las biografías (*sīrat*) de °Antar, Baybars (*al-Malik al-Zāhir*), Sūl y Sumūl, al-Battāl, etc. — dedican los clásicos de la bibliografía árabe, Brockelman¹ y Pearson² por ejemplo, para ver que las monografías que tratan de ellas son escasísimas.

La única explicación válida de tal olvido que se ocurre es la de la gran extensión que tales novelas alcanzan — por ejemplo, la de °Antar debe de andar alrededor de dos mil páginas impresas con letra pequeña — y la prosa ramplona, de reiterados clisés y temas, con que se ha escrito. Todo ello sin contar con que en general están casi íntegramente consagradas a narrar leyendas orientales de escaso o nulo interés para nosotros, lo cual contribuye a hacer fastidiosa la lectura. A diferencia de *Las mil y una noches*, en que los relatos saltan de un argumento a otro con relativa frecuencia, aquí nos encontramos con la sucesión de una serie de hechos, más o menos fantásticos, desarrollados de modo muy parecido.

La *sīrat* °Antar (el °Antara de la poesía preislámica) es una de estas novelas, que ha gozado de una cierta nombradía por los trabajos de que fue objeto entre los orientalistas franceses del siglo pasado y por los de B. Heller en el presente. La narración se inicia en una época muy antigua en que Zuhayr reina sobre los Banū °Abs. Uno de sus súbditos, Saddād, se apodera de una esclava negra, Zabība (en el fascículo 18 se descubre que es hija del rey del Sudán),

1. *Geschichte der arabischen Litteratur*, Weimar-Leiden, 1898-1942; 5 vols.

2. *Index Islamicus*, 1906-1955 y 1956-1960. Cambridge, 1958 y 1962.

con la cual tiene un hijo, °Antar. Éste, desde niño, realiza hazañas prodigiosas: en la cuna desgarró las ropas, a los cuatro años mata un perro enorme; a los nueve, un lobo, y, siendo ya pastor, un león. Salva a su tribu y, en agradecimiento, su padre le reconoce. Pide la mano de su prima °Abla y la obtiene, pero antes de casarse con ella se obliga a realizar una serie de grandes trabajos cuya narración llena gran parte de la obra. Durante el transcurso de estas aventuras recordará frecuentemente a °Abla, a la que dedicará numerosas poesías que, junto con otras de carácter épico, aparecen intercaladas en número de cerca de diez mil versos. Otras veces la prosa narrativa es sustituida por rimada de no muy buena calidad. En el curso de sus trabajos °Antar va montado en un caballo excelente, Abyar, siempre fiel a su amo. Al lado del héroe encontramos a un compañero leal, Saybūb, al que Goldziher ha comparado con Sancho Panza³.

Los primeros hechos en que °Antar toma parte tienen lugar en las vecindades de su tribu. Pero poco a poco el ámbito geográfico va ampliándose y pasa a ser protagonista de hechos de armas en Jaybar, Hira, Persia y Bizancio. Aquí, en compañía de Heraclio (Harqal), hijo del emperador, invade el país de los francos, conquista España y vuelve a Oriente por el norte de África. Nuestro héroe termina asesinado por Wizr b. Yābir, apodado Asad al-Rahīs, personaje al que había vencido repetidas veces y siempre perdonado. Wizr, humillado ante tanta generosidad, intentó matar en varias ocasiones a °Antar sin conseguirlo, por lo cual éste le vació los ojos. En mala hora lo hizo, puesto que Wizr aprendió a disparar el arco guiándose exclusivamente por el oído, y consiguió así quitar la vida a °Antar con una flecha envenenada. Pero el héroe muerto, como el Cid, aún realiza nuevos prodigios, montado en su caballo Abyar. Éste, una vez prestados sus últimos servicios, huirá al desierto — como el Baiart de Renaud de Montauban a las Ardenas — para no caer en manos de ningún otro amo. Los hijos de °Antar, bastardos todos ellos — con °Abla no los tuvo —, vengan cumplidamente a su padre.

El texto de esta novela se atribuye a al-Asmaʿī (m. 213/828). Prescindiendo de los detalles legendarios que se le atribuyen — habría vivido seiscientos setenta años, de los cuales cuatrocientos en la época preislámica —, al-Asmaʿī no debió de ser su autor, nos parece, por una pequeña, pequeñísima razón: al-Asmaʿī fue un personaje sumamente cultivado para conocer no sólo las leyendas de la antigua Arabia, sino también lo escrito por los historiadores acerca de las guerras de conquista — por fantástica que fuera la historiografía de la época — y algo de geografía del occidente islámico. Lo

3. Cfr. el artículo s.v. de B. Heller en la *Encyclopédie de l'Islam*, 21, pp. 533-537, y la bibliografía en él citada.

único que aparece claro es que en la novela existen dos núcleos independientes: uno antiguo, en el que sólo se describen los países del Próximo Oriente, al que se va añadiendo material de acarreo hasta que en el siglo x, bajo el reinado de al-°Azīz, Yūsuf b. Is-mā'īl al-Miṣrī lo compila y en el xii Ibn al-Sā'ig le da forma definitiva.

En el fascículo 30 (edición de El Cairo 1311/1893) se nos narra la algazúa de Heraclio, Kūbart (la desinencia *-ert*, típica del francés antiguo, nos muestra que este nombre ha sido introducido como consecuencia de las cruzadas) y °Antar contra al-Andalus. El rey de este país, Yuntā'il, enfurecido por las conquistas realizadas por Heraclio con el auxilio de °Antar, decide cortar por lo sano, derrotar al trío de héroes e incorporar el Próximo Oriente a su imperio, nada despreciable por cierto, ya que abarcaba desde los confines de Palestina hasta Fez, Túnez, Cairauán, Alejandría, Damietta, Asinut..., el país de los negros con Tekrur, etc. A Yuntā'il, por otra parte, nos lo describe como un hombre fortísimo a pesar de sus doscientos setenta años: mide doce codos de talla, es descendiente de los amalecitas y magnífico caballero, robusto, fuerte, león sin par que no teme a la muerte. De momento este soberano manda a su hijo °Anān para que aniquile a sus enemigos, pero el aniquilado es él, y su ejército, puesto en fuga, corre a refugiarse en la «ciudad de al-Andalus» (pp. 12-17). El rey Yuntā'il, «ese perro maldito, taimado, estaba esperando a su hijo para que le entregara presos a °Antar, Heraclio y Kūbart, así como a todos los que los acompañaban, ya que su hijo °Anān era un gran héroe y un cristiano (*°ily*) fuerte. Estos pensamientos le tranquilizaron, hasta que un día, de repente, comparecieron los vencidos, quienes pedían auxilio a voz en grito por campiñas e insulas, en bandadas sueltas de diez o veinte: parecía que fueran el mar encrespado, y el que marchaba delante no se entretenía en mirar al de detrás. Así llegaron a la ciudad; los llantos y gemidos subieron de tono... El rey Yuntā'il oyó el tumulto y preguntó qué ocurría. Le contestaron: —¡Oh rey! Las tropas han llegado destrozadas, y los caballeros que antes formaron escuadrones se presentan dispersos. Dicen, ¡oh rey!, que tu hijo °Anān ha muerto en el combate y que le ha matado el caballero de los caballeros, el valiente de esta época y de nuestro tiempo °Antar b. Saddād, quien viene acompañado por Heraclio, hijo de César...»

La desesperación del rey es tremenda, tanto por la muerte del hijo como por el orgullo herido. Decide ponerse en campaña personalmente y manda preparar su elefante de guerra, ya que los recursos del imperio que va desde al-Andalus hasta el extremo del

Gran Occidente le permiten reunir inmediatamente nuevas tropas. Por otro lado el ejército invasor avanza y cruza campos y colinas durante treinta y cinco días, para encontrar al enemigo en el lugar conocido por Wādī-al-Ramīm. La descripción de las fuerzas contendientes ocupa una extensión considerable y en ella se intercala un fragmento de origen culto, pues al describir las escaramuzas iniciales de la batalla (p. 20) hace una retahíla de alusiones a estrellas y constelaciones: «Los ejércitos se alancearon y las espadas yameníes iniciaron el trabajo hasta que las pléyades y Zubraqān (δ y θ Leonis) se ocultaron; Cáncer (Sartān) inició la retirada y Kifat-al-Mizān (α y β Librae) se inclinó...»; el fragmento sigue durante varias líneas por el mismo estilo. La batalla propiamente dicha dura varios días, en los que tanto los paladines de uno como de otro bando tienen miedo del enemigo, y por otra parte los jefes no se deciden al combate singular. Al fin el rey expone su pensamiento: «Si no fuera porque temo manchar mi honor y que todos los reyes del mundo digan: “El rey Yunṭā’il combatió al esclavo (texto ^{‘abd}) Ibn Saddād”, yo sería el primero en caer sobre él y matarle..., tomando así venganza por la muerte de mi hijo [‘]Anān, el héroe audaz. Pero veo que no os atrevéis, a pesar de vuestro número, a darle muerte, y que no os sobreponéis al miedo que os causan sus acometidas y embates. Pues bien, los valientes dirán: “El rey de al-Andalus se enfrentó a un esclavo negro en el campo de batalla.” ¡Por el Mesías! ¡Le atravesaré con mi lanza! No se hable más hasta que se levante el día, salga al campo y mate a ese negro hijo de villano.»

En el otro campo las escenas son parecidas. Venido el día, el rey Yunṭā’il sale a la palestra injuriando al enemigo en «lengua franca y andaluza». [‘]Antar, por su parte, tras recitar una retahíla de veintisiete versos de *fajr* (vanagloria) y de encomendarse a Mahoma con una invocación que sólo usa en los momentos de máximo peligro (el texto inventaría, según al-Asma‘ī, las cuatro veces anteriores en que la ha utilizado), se lanza al encuentro, que es sumamente duro: derribado el elefante que monta el rey, [‘]Antar consigue por fin partir al soberano de un mandoble en dos pedazos por el ombligo (*ṣurratu-hu*). El ejército andaluz queda, por este simple hecho, derrotado y huye al grito de «¡Que el Mesías nos libre de este paladín que ha matado a nuestro rey dejándole tumbado en el polvo!», y así, jurando por el Mesías y los salmos de David, corren a buscar refugio en la «ciudad de al-Andalus». Aquí, otro hijo de Yunṭā’il, [‘]Abd al-Masīh («El esclavo del Mesías»), decide someterse, pagar tributo y ordenar a todos los reyes, vasallos suyos, que sigan su ejemplo y reconozcan al César que tiene un

paladín de tal valía como °Antar. Estos mensajes los llevan curas y monjes, «pues tienen mucha importancia entre los francos».

Obedecen a °Abd al-Masīh los señores de Barqa, Túnez, Cairauán... y Hermes, señor de Alejandría y gobernador de Egipto. Para consolidar el pacto acuden los nuevos vasallos a al-Andalus, y el primero que llega es Miguel, señor de Barqa, etc. (p. 29).

Festines y banquetes se suceden, y luego los expedicionarios van, acompañados por sus anfitriones, a visitar las capitales de las provincias sometidas hasta llegar a Alejandría, donde una nueva campaña se incubía, pues un mensajero anuncia la inminencia del ataque de los primos del difunto rey Yuntā'il (p. 33), que no comprenden la sumisión de °Abd al-Masīh ante el vencedor de su padre. Como es lógico, °Antar triunfa en la nueva guerra y prosigue su vida de aventuras.

El resumen que hemos hecho permite ver la fantasía del autor de la *sīrat °Antar*, el absoluto desconocimiento que tiene, no ya de la geografía y la historia de Occidente, sino también de las fuentes árabes que sobre tales regiones informaban. Ni al-Asma'i ni Abū °Ubayda (m. 209/824) pueden ser los autores del relato que aquí hemos expuesto, pues su formación libresca era lo suficientemente extensa para saber la existencia, si más no, de Córdoba, y por consiguiente no hubieran mencionado la «ciudad de al-Andalus» a secas. Tal vez, eso sí, hubieran recurrido a leyendas, ampliamente divulgadas por la historiografía árabe, como las de la Ciudad de Bronce o la de los candados de Toledo, pero en modo alguno habrían caído en las imprecisiones que encontramos en el texto. Éste, por otra parte, parece tardío, puesto que en la turbamulta de ciudades que cita como pertenecientes al imperio andaluz menciona Tekrūr, situada al sur del Sahara, y cuyo conocimiento sólo se divulgó a partir del siglo xi. La enumeración, sin orden ni concierto, de estas mismas provincias y la descripción de Alejandría indican que el autor hablaba simplemente de oídas y sin ideas claras acerca del ámbito geográfico en que hacía mover a su héroe, °Antar.

Éste, por su parte, actúa en las páginas analizadas de un modo estereotipado, que hace de él más que un héroe con voluntad propia un autómatas que sólo es capaz de mostrar media docena de acciones correspondientes a otros tantos estímulos. La época en que estos acontecimientos tienen lugar queda absolutamente difuminada. Ya hemos visto la extraordinaria longevidad que la *sīrat* atribuye al rey de al-Andalus y al pretendido autor de la misma, al-Asma'i. Por tanto, la marcha hacia Occidente del héroe puede emplazarse en cualquier momento de la historia. No es eco de la conquista

árabe, que avanzó de sur a norte y con absoluta independencia de otros poderes, pero pudiera serlo de la reconquista justiniana, ya que tiene idea de la época en que los árabes actuaron como vasallos y auxiliares de los bizantinos. Y *ʿAntar* actúa en condición de tal ⁴.

Literariamente, las páginas en cuestión tienen poco valor. Tanto el fragmento culterano que hemos señalado, como los versos o la prosa, libre o rimada, no pueden compararse con las obras maestras de la literatura árabe. A pesar de ello, en la *ṣiraṭ ʿAntar* encontramos algunos pasajes de mayor interés estilístico y de fondo. Léanse, si no, las páginas consagradas a la muerte del héroe (fasc. 31, p. 20 y ss.) y la concisa, pero emocionante, huida de Abyar (p. 30). Esta última observación hace pensar que el texto en que se nos narra esta cabalgada debe de constituir una de las tantas interpolaciones al núcleo primitivo de la obra de mano de un rapsoda muy poco cultivado.

4. A la misma época de Justiniano podría hacerse remontar la leyenda del pretendido origen árabe de los reyes de la casa de Aragón. Cfr. J. Vernet, «Bages», 4, núm. 37 (marzo de 1956), p. 10.